

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Sebastià M. Bardolet, abad emérito de Montserrat
20 de enero de 2019
Is 62,1-5 / 1 Cor 12,4-11 / Jn 2,1-12

Ahora que hemos empezado lo que llamamos "tiempo ordinario", cada domingo la Iglesia nos propondrá unos textos de los evangelios, acompañados de fragmentos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Son textos bíblicos para nuestra reflexión y nuestra formación. Deberíamos hacer tan nuestros estos textos, que, cuando el lector al final nos diga *Palabra de Dios*, o bien, *Palabra del Señor*, nosotros deberíamos poder contestar bien convencidos, *Te alabamos, Señor*, como asentimiento a lo acabamos de escuchar.

Hoy, para empezar, se nos ofrece un texto muy rico, capaz de hacernos reflexionar sobre actitudes de nuestra vida. Cuando el diácono nos empieza a proclamar la Palabra de Dios, tratemos de no pensar nunca: ¡Ah!, este fragmento ya lo conozco, y lo dejamos caer en la rutina. No ha de ser esta nuestra reacción, porque nunca agotaremos toda la riqueza que lleva la Palabra divina.

Y me permitiréis, hermanos, que empiece subrayando las primeras frases del evangelio de hoy. Dice: *En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. A mí me entusiasma este fragmento, porque nos dice mucho de la vida de Jesús. Una vida normal, con unas relaciones de amistad con unos novios, con unas relaciones sociales que también implicaban a su madre. Jesús no deja de participar con toda normalidad en un acto importante de sus vecinos o conocidos; bien lejos de aquel concepto que lo hacían una persona aislada, alejada; él era sensible a las costumbres del lugar y de la época en que vivía. Y con su presencia bendecía la boda de aquella pareja.*

Y es en una situación como ésta que Jesús manifiesta su poder, una nueva epifanía, obrando el milagro a favor de unos novios y ante sus discípulos. Es bonito ver como María -siempre discreta y atenta a todo- sólo insinúa; sabía que su hijo podía solucionar este problema de la falta de vino. *Y es de esta manera milagrosa que manifestó su gloria.* Si hemos de creer en la cronología del evangelio de Juan, este hecho de las bodas de Caná ocurre entre el reclutamiento de los primeros discípulos y la dura afirmación en el templo, echando a los vendedores y cambistas.

Creo que es San Agustín, comentando este signo que Jesús obró convirtiendo el agua en vino, que viene a decir: Nos maravillamos de este hecho y con toda razón, porque es maravilloso; pero también deberíamos maravillarnos de la fuerza que ha dado a la naturaleza, que convierte unas semillas en trigo granado, y unas cepas de apariencia estériles, en racimos lozanos. Si fuéramos con mirada atenta, ¡cuántos milagros no contemplaríamos en nuestra vida y en la vida de los demás! Y aquí podríamos aplicar lo que San Pablo nos decía hoy en la segunda lectura: *hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos.* Recuerdo una vez que visité a una joven madre; después de enseñarme con delicadeza su bebé, me dijo emocionada: ¡Es que esto es un milagro!

Estemos atentos a todos los milagros que Dios quiere hacer en nosotros o por nuestro medio. Si estamos convencidos de la presencia de Dios en nosotros, ¡con qué respeto trataremos a las personas! ¡con qué admiración veremos la dignidad y la acción de Dios en todo, valiéndose de cada uno de nosotros!

Ved como acaba el evangelio de hoy y saquemos las consecuencias: *Así [Jesús] manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.*